

Carta a los ministros de Economía del G7

Provinciales jesuitas

A los señores ministros de Economía del Grupo G7:

Como Superiores Provinciales de la Compañía de Jesús, queremos agregar nuestras voces a las expresiones de preocupación con respecto al problema de la deuda que aflige a tantos países pobres. La mayoría de estos países se encuentran en África Subsahariana, pero otras regiones del mundo, notablemente América Latina y el Caribe, se encuentran igualmente afectadas. Nuestros colegas jesuitas en los países del Tercer Mundo dan testimonio del impacto devastador de la crisis de la deuda, sobre todo en los sectores más empobrecidos.

La montaña de la Deuda

EN muchos países en vías de desarrollo, la deuda externa es inmensa. Por ejemplo, la deuda de los países de África

Subsahariana alcanza los 220 billones de dólares. Esto representa 365 dólares por persona, mientras que el PNB por persona es tan sólo 308 dólares (1). En muchos países africanos, se gasta más en el servicio de la deuda que en salud y demás servicios sociales. La falta de fondos suficientes para los servicios sanitarios y el control de las epidemias se traduce en numerosas muertes, así como en la incapacitación permanente de muchas personas, como consecuencia de enfermedades curables. La falta de inversión en la educación conduce a una elevada tasa de analfabetismo. El dinero que debería gastarse en infraestructura básica, salud, la protección del medio ambiente y el desarrollo local se exporta a los países ricos. A veces, los programas de reestructuración, impuestos por agencias financieras con sede en el Norte, han llevado a la desestabilización social y política.

El peso de la deuda perjudica gravemente el desarrollo de los países del Tercer Mundo. En África, casi la mitad de cada dólar que se gana en concepto de exportaciones, se gasta en la financiación de la deuda. Aproximadamente la tercera parte de esta suma vuelve a los países acreedores. No debe sorprendernos que los gobiernos africanos se pregunten hasta qué punto les ayuda el aumento de sus exportaciones. Además, de cada dólar recibido en forma de ayuda, el 20% pasa a los acreedores privados (2). Esta situación frena la reforma de las finanzas públicas, pues los beneficios se pierden en la financiación de la deuda, en lugar de invertirse en los servicios básicos

Aspectos éticos

EN la situación de necesidad extrema que existe ahora en África Subsahariana, América Latina, el Caribe y otras regiones, no podemos seguir insistiendo en la obligación ética de pagar la totalidad de la deuda internacional.

Aunque resulte difícil identificar con precisión a los responsables de la crisis de la deuda, sí podemos afirmar que las personas humildes no lo son, y ellas son las más afectadas. Entre los factores más importantes, se puede

(1) Datos facilitados por el Centro Jesuita de Reflexión Teológica, en Lusaka, Zambia.

(2) Christopher B. Barrett (1998): «The Economic and Ethical Ambiguities of African Debt Forgiveness», en *Crosscurrents: International Relations in the Post-Cold War Era*. Toronto, Nelson Canada Press.

señalar el persistente déficit presupuestario en los Estados Unidos, que sostuvo una tasa de interés elevada en la década de los ochenta. Al mismo tiempo, hubo un colapso en el precio de las materias primas, y un aumento en el precio del petróleo. Todo esto llevó a la desvalorización de las monedas locales, agravando más todavía el problema de la financiación de la deuda, que se calculaba en dólares.

En algunos países, el dinero prestado fue malgastado en proyectos grandiosos, favoreciendo a elites corruptas. Con frecuencia, estas mismas elites se mantenían en el poder debido a sus vínculos con una u otra de las superpotencias. A partir del colapso del bloque comunista, estos países han perdido su importancia estratégica, y han quedado abandonados a su suerte. A pesar de que los sectores más pobres de estos países no se vieron beneficiados con el dinero prestado, ahora sienten todo el peso de la deuda acumulada.

No habría que olvidar la obligación moral de los países del Norte de ayudar a los del Sur, debido al pasado colonial. No ha habido recompensa alguna por el gran saqueo de recursos materiales y humanos del que éstos fueron objeto. Además, las fronteras políticas impuestas por las potencias coloniales, sin tener en cuenta el factor étnico, han sido una causa importante de inestabilidad interna e internacional. La explotación comercial del Sur por parte del Norte es un gran crimen, no solamente histórico, sino actual. Los países del Norte aprovecharon el Sur como fuente de materias primas baratas, pero debido a las tarifas elevadas, resulta muy difícil que los países del Tercer Mundo desarrollen su propia industria. Muchas entidades comerciales radicadas en el Primer Mundo logran controlar los precios en el mercado mundial, perjudicando a los productores y agricultores del Tercer Mundo. En realidad, son los países del Norte los que tienen una gran deuda con los del Sur, y no viceversa.

Nadie está obligado a ser condenado a la miseria para devolver el dinero a acreedores ricos, y menos todavía cuando la deuda ha sido contratada en circunstancias tan cuestionables. Al contrario, en una situación de tan extrema necesidad, la obligación moral de ayudar al prójimo exige que los países del Norte apoyen a sus vecinos del Sur. La anulación de la deuda impagable del Tercer Mundo puede significar algunos inconvenientes para los países del Norte, pero éstos tampoco serán tan grandes.

Como jesuitas entendemos nuestra misión en términos del servicio de la fe, pero la promoción de la justicia forma una parte ineludible de esta misión. No podemos sentirnos en paz con Dios mientras seguimos divididos entre nosotros mismos por la desigualdad, la pobreza extrema y las relaciones injustas. Por lo tanto, queremos apoyar sin reservas la campaña «Jubileo

2000» y otras similares, que piden la anulación inmediata de la deuda impagable del Tercer Mundo. Pedimos que los países del Norte no se contenten con tal medida mínima, sino que se animen a lanzar una campaña concertada de apoyo a los países del Tercer Mundo en su búsqueda de un desarrollo sostenible. Además pedimos a los países del Norte que se encarguen de ordenar su propia casa, buscando nuevos modelos de desarrollo que no dependan de políticas proteccionistas ni de la explotación de materias primas baratas provenientes del Tercer Mundo.